

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Tan pronto?

—Para mí ya es tarde.

—¿Por qué?

—Porque hay otros que andan dando vueltas alrededor, y á los cuales hay que temer porque son muy ricos y porque... y lo digo todo: pudierais dejaros tentar por sus riquezas...

Aurora frunció el entrecejo.

—¿Por qué lo decís?—preguntó.

—Lo digo porque os he visto subir á las ruinas... Estamos solos... La ocasión es buena... Os repito que os amo, que os quiero por mujer, que he decidido que no seais de nadie más que mía y que os ruego que me digáis que sí ó que no. ¿Qué me contestáis?

—¿De modo que no me pedís una respuesta, me la exigís?

—Ahora mismo.

No necesitó preguntar lo que haría en el caso de darle una respuesta negativa.

Sus ojos lo decían claramente.

Pero ella no era una mujer que se dejase intimidar.

Se irguió y contestó con voz firme:

—¡Pues bien, puesto que lo queréis, os digo que no, Bernardo!

Se produjo un cambio rápido.

Los rasgos de Bernardo Chavarux se contrajeron como el hocico de un animal dispuesto á morder, rechinaron sus dientes, se aproximó á Aurora con las manos crispadas como las garras de una furia.

Aquella explosión de cólera fué tan violenta,

que la joven tuvo miedo é hizo un brusco movimiento hacia atrás.

Bernardo Chavarux dijo con tono burlón:

—Tened cuidado... No podéis ir muy lejos... Detrás de vos hay un buen salto, más de treinta metros de altura... Conozco demasiado este sitio...

No podía decirse más claramente que estaba á su merced.

—Además—añadió— haréis bien en escucharme tranquilamente. Exceptuando á algunos lagartos y dos ó tres mochuelos, no sé á quién podéis llamar en vuestra ayuda.

En el fondo tenía razón.

Las ruinas de Aubignac están á más de kilómetro y medio del castillo, y en el fondo del parque adonde los paseantes llegan raras veces.

El sitio donde se encontraban no tenía más salida que la puerta por donde había entrado Bernardo Chavarux y el vacío, donde al precipitarse la joven estaba segura de encontrar la muerte.

La situación era crítica.

Así lo comprendió la joven.

Bernardo Chavarux lo comprendió lo mismo que ella.

Estaba prisionera, estaba á su merced.

No tuvo prisa para aprovecharse de la ocasión.

Hizo mal.

La ocasión es calva y fugaz.

Lo cierto era que en los ojos de Aurora había una firmeza y una energía que imponían respeto.

—¡Si dáis un paso más, me precipito!—dijo.

Bernardo trató de persuadirla.

—No quiero de ningún modo vuestra muerte—insinuó;—quiero vuestra dicha... y la mía. He jurado que seriais mi mujer... Cederéis... ¡Oh! Tengo una cabeza muy dura y hacéis muy mal en no tener confianza en mí... Y estoy resuelto á todo, con tal de llegar á mis fines...

Y añadió con energía:

—¡A todo! ¿Lo entendéis?

Se sentó en el sitio que la joven ocupaba algunos momentos antes.

Aurora dirigió una mirada asustada por el campo y por el parque, esperando encontrar algún transeunte, al guarda ó al joven conde de Caylus, que se había separado de ella una media hora antes.

No vió á nadie.

Bernardo Chavarux prosiguió, pasándose la mano por la frente:

—No me preocupa el porvenir. Tengo aquí cuanto se necesita para salir á flote. Si esta tierra no me ofrece bastantes ventajas, no tengo interés en quedarme... Paris abre sus puertas á todo el mundo; creo que me abriré allí camino como tantos otros. Conmigo seréis rica, porque yo lo seré, ó que el diablo me lleve. ¡Está escrito! Sin mí no sé en verdad cómo podréis salir del paso, á menos que los señoritos que dan vueltas á vuestro alrededor no os ofrezcan una pequeña posición. Conque si os conviene, decidlo y me bato en retirada.

La joven no contestó.

Miraba al exterior.

—No os molesteis; ya sabéis que sería necesario un milagro para que un salvador os ca-

yera de las nubes... Además no os oculto que llegaría tarde.

Pronunció estas últimas palabras con voz temblorosa.

Su cólera subía de punto, igualmente que los asquerosos deseos que le dominaban.

—Creo haberos dicho demasiado—añadió—para convencersos que hariais mal en resistirme... Es un desafío que no aguantaré... Por última vez, ¿queréis?...

Aurora le miró con evidente desprecio.

—¿Sí ó no?

—No.

—Peor para vos.

De un salto se colocó á su lado.

Aurora lanzó un grito desgarrador.

—¡Socorro!

Y cogiendo una rama de sicomoro que había crecido en los intersticios de las piedras, la separó para arrojarla en el vacío.

Pero en aquel momento se oyó una voz tranquila y dulce que dijo:

—No temais nada.

Bernardo Chavarux se volvió lleno de estupor.

Jorge de Caylus se hallaba detrás de él, muy tranquilo, mirándole con más curiosidad que cólera.

Con gran tranquilidad le dijo:

—¡Sois un miserable y un infame, señor... Chavarux, si no me engaño!

El escribiente estaba furioso.

La vergüenza de aquella sorpresa, la presa que se le escapaba y que comprendía que para él estaba perdida para siempre, la alegría que se reflejaba en los ojos de Aurora, le pusieron

en un estado de locura fácil de comprender.

Se adelantó hacia el joven conde, y rojo por la ira, le dijo:

—¿Sabéis, caballero, que no es prudente el venirse á colocar entre nosotros?

—¡Ah!

—¿Sabéis—continuó Bernardo con rabia creciente—que por más Caylus que seáis os puedo romper como un cristal si quiero?

—¿De verdad?

Bernardo Chavarux se hallaba á tres pasos del joven.

Entre los dos adversarios, las probabilidades era desiguales.

Jorge de Caylus, delgadito, débil, flojo, más bajo que Bernardo, parecía ser el que sucumbiría al primer choque.

Bernardo Chavarux levantó el puño.

El bastón que el conde tenía en la mano silbó, y el escribiente retrocedió cegado por un latigazo que le cruzó los ojos.

Jorge de Caylus se sonreía, y para excitar aun más la cólera de su enemigo, le dijo:

—¡Sois un coloso, caballero, pero sois muy bruto!

Bernardo Chavarux estaba exasperado.

Se adelantó de nuevo.

Pero aquella vez retrocedió más vivamente que antes.

El bastoncito se había convertido en estoque que acababa de pincharle ligeramente en el brazo.

—Esto es solo un aviso—dijo el conde, siempre sonriente.—Los leones, que valen mucho más que vos y que son más fuertes, se les domina con una carabina.

Y entonces, no ocupándose ya del escribiente y dirigiéndose á Aurora, la dijo:

—Venid, señorita, la casualidad ha hecho que os vea desde abajo; supuse que estábais en peligro, y no me he equivocado.

Enseñó el junco que tenía en la mano, y que había vuelto á su estado de bastón, y dijo:

—Lo llevo como una precaución contra los animales feroces, de los cuales hay que desconfiar. No creí encontrar ninguno en Aubignac.

Saludo ligeramente á Bernardo Chavarux, añadiendo:

—Caballero, estoy á vuestra disposición.

—Está bien—dijo el escribiente con voz rabiosa, dirigiendo una mirada de odio á la joven.—Nos volveremos á encontrar; estad seguro.

El conde contestó con voz burlona:

—Yo creo que no.

Y señalando la entrada de la torre al heredero de los Chavarux:

—Pasad delante, os lo ruego, os lo ordeno; esta es mi casa.

Bernardo Chavarux podía tener ardiente la sangre, pero era un producto degenerado al mal; le faltaba la cualidad principal que caracterizaba al señor Pilet, la sangre fría.

Solo que era joven, y este es un don que se puede adquirir con el tiempo.

Obedeció estremeciéndose; la bilis le salía por los ojos; el odio estaba impreso en su rostro, que se había puesto del color del ladrillo.

Aurora y su salvador le siguieron á distancia.

Al salir de las ruinas le vieron hacer un

gesto amenazador y dirigirse á paso largo al castillo.

Jorge de Caylus dijo á su compañera:

—Creo que os veréis obligada á buscar otra casa; no vais á volver á casa de mis jardineros.

La joven murmuró suspirando:

—Claro que no; pero ¿dónde iré?

—¿No tenéis ningún amigo que os proteja?

—¡Ay! No.

En un arranque de agradecimiento hacia aquel á quien debía más que la vida, se lo dijo todo; las desgracias de su infancia abandonada, las proposiciones que acababa de rechazar, la incertidumbre de su porvenir y la necesidad para ella de huir de una casa donde estaba expuesta á semejantes peligros.

—¿Os preguntais dónde ireis?—dijo el conde con ternura.—En efecto... No sé... ¿tenéis algún proyecto?

—Ninguno.

—¿Alguna idea?

—Tampoco...

—Sed sincera... Confíad en mí.

—Creo que tendré más facilidades de encontrar un empleo ó trabajo en París.

—Sin duda, pero tendreis que buscar, solicitar, esperar.

Y con una voz que emocionó á Aurora preguntó:

—¿Teneis algunos recursos?

La joven se puso colorada.

—¿Economías?

—Nada.

Dieron algunos pasos en silencio.

—No quisiera molestaros — prosiguió. — Creedme que sentiría en el alma causaros un

pesar por pequeño que fuese. No puedo deciros que os quiero... sería ofenderos... pero siento por vos una gran simpatía... La he experimentado desde la primera vez que nos encontramos... Quisiera ser para vos un amigo respetuoso... al cual pudiéseris dirigiros en cualquier circunstancia. ¿Quereis que os diga por completo mi pensamiento?... Creo que no ha sido la casualidad la que nos ha aproximado... ¡Si he podido salvaros hoy de un peligro, no seguramente para dejaros caer en otro, sin tratar por lo menos de ayudaros, lo cual me es tan facil y me seria tan grato! Os abro mi bolsa... gastad de ella... Es un préstamo que me devolvereis más tarde, cuando seais más dichosa, porque lo seréis, no me cabe duda. ¿Quereis?

La joven andaba con la cabeza baja, al lado de él, feliz por aquel socorro, que llegaba tan á propósito.

De otro modo, ¿qué hubiera sido de ella?

Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron.

Iba á decir:

—No sé si puedo...

Pero había tal franqueza en la mirada del conde, tanta bondad, que quedó vencida de repente.

—¡Pues bien! ¡Sí, acepto! Dios os ha debido enviar. ¿Qué hubiera podido hacer sin vos?

Pero añadió en seguida:

—¡Oh! ¡necesito tan poca cosa!... Algunos cientos de francos con que pagar el viaje y esperar algunos días...

El joven no insistió.

—Lo que queráis—dijo,—pero á condición

que si alguna vez os encontráis apurada, acudiréis á mí... no os será difícil encontrarme. Hotel de Caylus, faubourg Saint-Germain, rue Saint-Dominique. ¿Quedamos en eso?

—Sí, señor.

Y se inclinó muy emocionada.

Llegaban á un claro del bosque, desde el cual se veía perfectamente la fachada del castillo.

—Y ahora—dijo el conde—nos queda que allanar una dificultad. ¿No vais á volver á casa del jardinero?

—¡Oh! ¡No!

—Yo quisiera ofreceros hospitalidad; pero quizás criticarán. ¿Cómo haremos?

—¡Oh! Es muy sencillo.

Entonces le explicó en qué horrible situación se encontraba su amiga Elena de Solmes.

Sin revelar su falta le dijo que estaba arruinada, con su padre gravemente enfermo, moribundo quizás, que quería verla y pasar dos ó tres noches con ella antes de marcharse del país para dirigirse á lo desconocido.

Y añadió tímidamente con acento suplicante:

—¡Si quisieseis hacer que me llevaran!

Naturalmente.

Estaba contentísimo con poder prestar á la joven aquellos servicios.

Y al oír que la joven le daba las gracias con efusión, la cogió las manos, la miró fijamente con sus ojos tan leales y tan sinceros y murmuró:

—Yo soy quien tengo que daros las gracias. Nunca me he alegrado tanto de ser rico como hoy.

No dijo más.

Cuando llegaron delante del castillo, el jardinero estaba ocupado en dar órdenes á algunos obreros que trabajaban segando los macizos.

Marius Chavert el factotum del amo, hablaba cariñosamente con él.

Jorge de Caylus llamó á su fiel compañero y le dijo algunas palabras al oído.

Chavarux adivinó que hablaba de la joven, que permanecía inmóvil á algunos pasos de allí, porque los ojos del antiguo granadero se volvieron cariñosamente hacia Aurora.

Después el conde se dirigió lentamente hacia las dependencias acompañado de la joven.

—¿Qué ocurre?—preguntó el jardinero inquieto, cuando se encontró á solas con Chavert.

El otro contestó:

—Hay que la paloma va á remontar el vuelo y os deja, mi querido Chavarux.

—Imposible.

—Como lo oís, tengo orden de sacar todos sus efectos, pero en seguida. Voy á mandar que enganchen un coche.

—Se va—exclamó Chavarux, que veía desvanecerse con ella los sesenta mil francos del Sr. Pilet.

—Antes de un cuarto de hora estará en marcha.

—¿Y dónde va?

—¡Oh! eso se le debe preguntar á ella.

—¿Y si yo no la quiero dejar marchar?—objetó el jardinero, como el ahogado que se agarra á una tabla.

—¿Sois su padre?

—No.

—¿Su tutor? ¿Tampoco? ¿Entonces que tenéis que decir?

—Es verdad—murmuró Chavarux—¿pero por qué será?

—¡Ah! parece ser que tenéis en vuestra casa un muchacho al cual una joven no le puede decir que no. Preguntadle luego lo que ha pasado allí arriba.

Chavert señalaba con el dedo las ruinas y prosiguió:

—O mejor dicho, lo que hubiera pasado si nuestro amo, el señorito Jorge, no se hubiera encontrado allí por casualidad. Según parece se quiere evitar que vuelva á tener ocasión de comenzar. El pájaro abandona la jaula, y se una lástima, porque es hermoso, muy hermoso.

El jardinero estaba horrorizado.

Vió de repente el empleo perdido, el bonito empleo al cual debía las economías que había realizado en veinte años que lo disfrutaba; la gallina de los huevos de oro abandonando el gallinero, la boda de su hijo deshecha y los sesenta mil francos del avaro Pilect cuidadosamente guardados en la caja del notario.

Era el fin de las prosperidades.

Siguió con el paso de un hombre anonadado por un desastre á Marius Chabert que iba á las cuadras á ejecutar la orden del amo y al mismo tiempo que le acompañaba, le decía:

—Supongo que hablaréis por nosotros... que nos dejen en el castillo... somos servidores excelentes y ese tunante de Bernardo no volverá á poner los piés aquí. Hay tenéis las ambiciones que uno tiene por los hijos. Deles usted instrucción para que se pierdan en la ciudad...

Y llenaba á su hijo de maldiciones.

Marius Chabert no era tonto; pero se dejó engañar por la hombría de bien del jardinero.

—Esta bien, pobre amigo, no os lamentéis. Ya haremos algo por vos.

Serian las cinco cuando un *breack* enganchado á dos excelentes caballos, se hallaban esperando frente á la puerta de los Chavaux.

El equipaje de la viajera no podía ser más sencillo.

Estaba contenido por completo en un baúl que pesaba muy poco.

Aurora Milton, sencillamente vestida con traje gris, con una capita sobre los hombros, un sombrero de paja gris con una cinta negra montó en el coche.

Marius Chabert estaba en el pescante al lado del cochero.

Chavarux y su mujer estaban en la portezuela y daban señales de la más viva contrariedad.

—¿De modo que te marchas?—decía Claudia, que enjugaba una lágrima en sus ojos.—Después de tantos años no hubiera creído jamás que tuvieses valor para abandonarnos.

Chavarux muy conciliador, murmuraba:

—Bernardo tiene la culpa. Ha obrado muy mal.

Pero agregó bajito para disculparlo:

—¡Cuando se ama!

Y los dos repitieron uno después de otro:

—¡Nos escribirás!

—¡No nos olvides!

—¡Te queremos tanto!

Pero ninguno de los dos tuvo, á pesar de

aquel cariño, el pensamiento de preguntarla si tenía dinero en el bolsillo.

Felizmente para la joven, cuando los Chavarux cesaron en sus lamentaciones, bajo las cuales se comprendía todos los odios de un cálculo fallido, Jorge de Caylus se aproximó á su vez á la portezuela y puso en manos de Aurora una bolsa bastante pesada diciéndola muy bajito:

—Es un préstamo, un préstamo de amigo. ¡Quiera Dios que algún día me lo podáis devolver!

La joven dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Es demasiado! ¡Es demasiado!

El conde insistió.

—No lo rechacéis, y si alguna vez puedo seros útil, pensad en mí. No os olvidaré.

La joven le tendió la mano; él se la estrechó con un poco más fuerza que si hubiese sido un indiferente.

Y soltándose la con pesar, dijo al cochero:

—Andando.

Oculto detrás de los visillos de una ventana, Bernardo Chavarux los examinaba con ojos biliosos y pensaba:

—Va á París; pues bien, yo también iré.

A la misma hora he aquí lo que ocurría en la Sauvetiere.

IX

Extinción de una raza.

En una habitación de la casa, en una cama de columnas, con cortinas de color azul, muy ajadas y descoloridas por los años, agonizaba

el herido del pabellón arruinado, el último superviviente de una familia noble de Auvernia.

No moría de la herida.

Sucumbía á los tormentos que padecía hacía veinte años.

Le mataba su ruina, lenta en un principio y que al fin se precipitaba con la rapidez de un torrente de los Pirineos que se precipita en el fondo de los abismos.

Elena estaba sentada á su lado, en uno de aquellos bancos de madera de encina, con los cuales nuestros padres, menos exigentes que nosotros, se contentaban.

El médico, que debía volver por la tarde, se había marchado algunas horas antes, no ocultando que tenía un fin fatal y próximo.

Sacó de entre las sábanas una descarnada mano, y la colocó sobre la de la joven.

—¡Elena!—le dijo.—¡Más adelante nos maldecirás á tu madre y á mí.

—¡Padre mío!...

—Déjame hablar. Para que nos juzgues es preciso que conozcas nuestras faltas y sus causas. Tu porvenir ha de ser cruel y nos lo debes á nosotros.

—¡Os ruego!...

—Cuando desaparezca yo, te quedarás sola, sin parientes, sin fortuna, sin protección... ¡Más desgraciada que una criada!... ¡Más que los niños pobres cuya juventud ya les tiene acostumbrados á la miseria que les espera! Estamos arruinados y nuestra ruina no tiene remedio... Sin embargo, en otro tiempo éramos casi ricos y debimos transmitirte íntegra la herencia...

—¿Qué me importa, con tal que viváis?